

Adam y Thomas

Aharon Appelfeld



EL BARCO
DE VAPOR

Ilustraciones
de Philippe Dumas

sm





EL BARCO
DE VAPOR

Adam y Thomas

Aharon Appelfeld

Ilustraciones de Philippe Dumas
Traducción de Raquel García Lozano



Primera edición: abril de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Teresa Tellechea
Coordinación gráfica: Lara Peces

A GIRL FROM ANOTHER WORLD
Copyright © 2013, Aharon Appelfeld
All rights reserved

Título de la edición original: ילדה שלא מן העולם הזה
Yalda Shelo Minhaolam Hazé
(Kinneret Zmora-Bitan, Dvir – Publishing House Ltd.)
Traducción del hebreo: Raquel García Lozano

Publicado por primera vez por Kinneret Zmora-Bitan, Dvir
Publishing House Ltd.

Ilustraciones de Philippe Dumas © 2014, l'école des loisirs, Paris

© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8609-1
Depósito legal: M-7321-2016
mpreso en la UE / *Printed in EU*

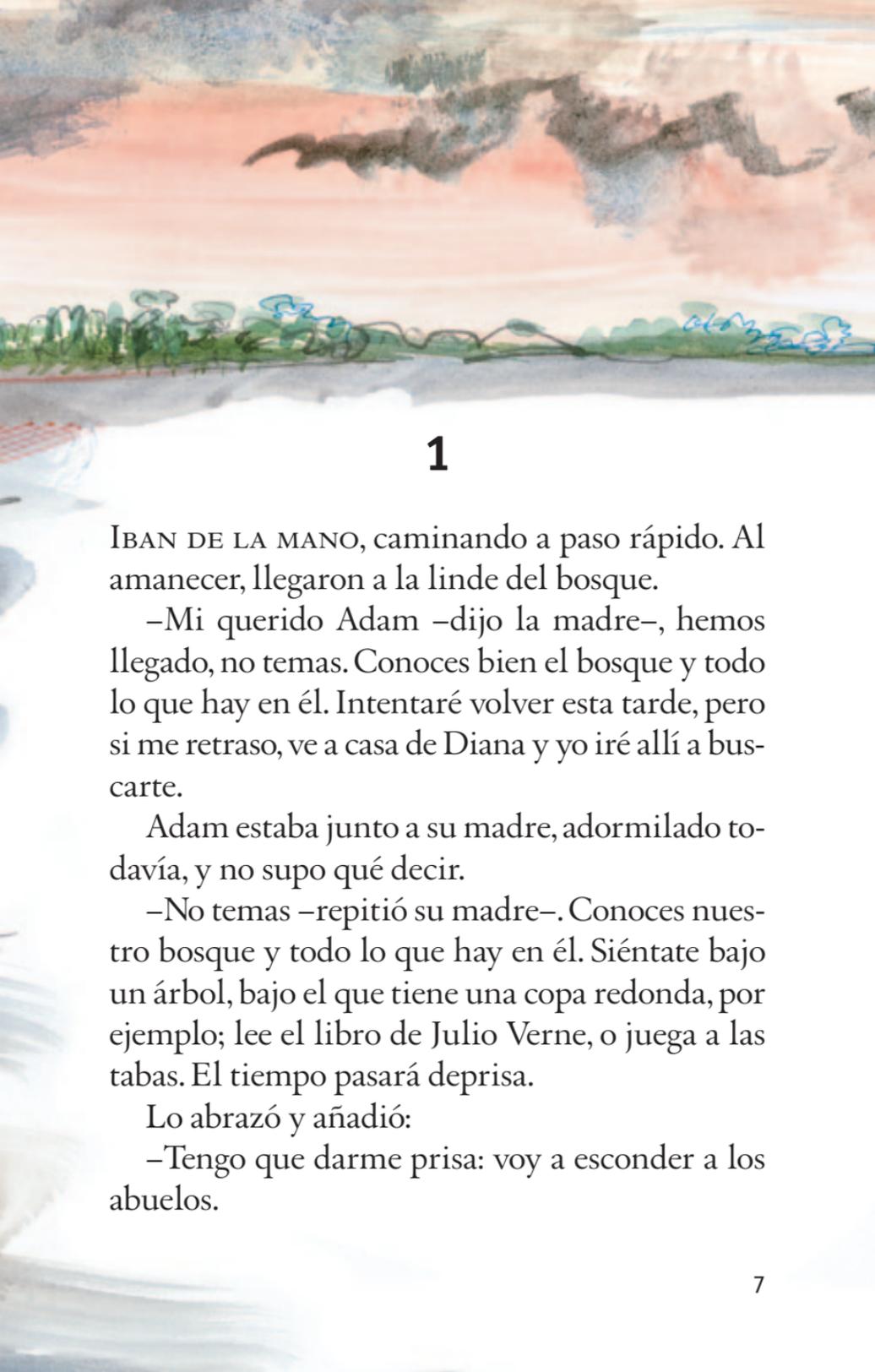
Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



*A Michal,
Moria
y Michael*







1

IBAN DE LA MANO, caminando a paso rápido. Al amanecer, llegaron a la linde del bosque.

–Mi querido Adam –dijo la madre–, hemos llegado, no temas. Conoces bien el bosque y todo lo que hay en él. Intentaré volver esta tarde, pero si me retraso, ve a casa de Diana y yo iré allí a buscarte.

Adam estaba junto a su madre, adormilado todavía, y no supo qué decir.

–No temas –repitió su madre–. Conoces nuestro bosque y todo lo que hay en él. Siéntate bajo un árbol, bajo el que tiene una copa redonda, por ejemplo; lee el libro de Julio Verne, o juega a las tabas. El tiempo pasará deprisa.

Lo abrazó y añadió:

–Tengo que darme prisa: voy a esconder a los abuelos.

Se apartó de él y se puso en camino. Adam se quedó inmóvil. Quería gritarle adiós, pero no le dio tiempo. Ya había desaparecido de su vista.

El bosque se despertaba y las primeras luces se extendieron sobre la tierra.

Adam avanzó despacio. Aunque conocía los árboles y los senderos, el bosque era distinto: un bosque del alba. Normalmente solía ir allí con sus padres por la tarde, algunas veces con la puesta de sol, pero nunca por la mañana temprano.

«Es extraño», se dijo. «Estoy paseando solo por el bosque».

Mientras tanto, llegó al árbol de copa redonda, dejó la mochila a sus pies, miró a su alrededor y pensó: «Todo sigue igual. Es el mismo bosque, solo que mis padres no están conmigo».

Adam tenía nueve años y estaba a punto de terminar 4.º curso. No era un alumno excelente, pero en el penúltimo trimestre había llevado en las notas tres sobresalientes. Sus padres se alegraron mucho y le compraron un balón nuevo.

La guerra y el gueto pusieron fin a las excursiones por el campo. Por un instante se alegró de que su madre le hubiese sacado del gueto para llevarlo hasta allí, confiando en que se las arreglaría solo.

Cerca del árbol corría un arroyo, aún cubierto por una suave bruma, pero en el agua ya brillaban destellos de luz.

Adam sintió hambre y sacó un bocadillo de su mochila. Estaba envuelto en papel marrón, y recordó a su madre, de pie junto a la ventana de la cocina, cortando el pan redondo en rebanadas y preparándole bocadillos.



Habían dejado la casa antes del amanecer. Pasaron de sótano en sótano, corrieron por túneles oscuros, se arrastraron por lugares estrechos y, al final, tras un último esfuerzo, salieron de la oscuridad y aparecieron en un prado, cruzaron el puente Johan y, en unos minutos, estaban en la linde del bosque.

Volvió a oír las palabras de su madre: «Conoces nuestro bosque y todo lo que hay en él».

En esos momentos, estaba sentado en el suelo observando los rayos de luz que se extendían sobre sus piernas.

De repente se levantó, se puso de rodillas, ahuecó las manos para llenarlas de agua del arroyo y la bebió. El agua fresca le gustó mucho, y siguió bebiendo hasta saciarse.

«Qué curioso», pensó. «Mamá no está, pero la veo con claridad y siento su mano en la mía».

Había paseado con su padre y con su madre por ese bosque inmenso, en primavera y en verano. Volvían a sus árboles favoritos bajo los que les gustaba sentarse, arroyos donde les gustaba beber. Miro corría y saltaba, y hacía aún más alegre la excursión.

–Miro –la palabra se le escapó de la boca.

De repente, Adam sintió el cuerpo del animal entre sus brazos. Todos querían a Miro. No era tan

grande como un perro lobo, pero llenaba la casa con su presencia y, hasta cuando dormitaba cerca de la entrada, estaba atento y alerta.

Entonces Adam vio ante sí su casa, el taller, a sus padres y a sus abuelos, y a Miro saltando de un sitio a otro, o inmóvil y asombrado. Cuanto más se dejaba llevar por esas escenas familiares, más disminuía su miedo. Sus ojos se cerraron y se quedó dormido.





D. r. 2000